

Joyas de la Polinesia Francesa

Una probadita de cielo

► El exotismo de Tahití y Taha'a, el verdor de Moorea y la fauna salvaje de Bora Bora

Cecilia Núñez
ENVIADA

PAPEETE, Polinesia Francesa.- Entre el jet-lag, el cambio de horario y las más de 10 horas de vuelo, llegamos al aeropuerto de Tahití con la emoción anestesiada.

Ni siquiera hemos salido de la aduana cuando la personalidad de la Polinesia Francesa nos saca de nuestro letargo: nos reciben con cantos típicos y mujeres con vestidos coloridos nos colocan collares de flores de aroma y tamaño exuberantes.

"Maeva", dicen, que significa "bienvenidos", y así nos sentimos. Pronto olvidamos nuestra esencia urbana y nos dejamos llevar por el calor, los sabores y el ritmo de vida armonioso que regalan las islas de la Polinesia.

TAHITÍ: FRESCA EXPLOSIÓN

Los rayos de sol nos despiertan a las seis de la mañana. Imposible levantarse de malas con el aroma a mar que nos envuelve apenas abrimos las ventanas de nuestra habitación, en el hotel Mana-va Suite Resort.

Un plato de fruta fresca nos espera: mangos, plátanos, papayas, guayabas, piñas... Ya estamos saboreando a Tahití.

Salimos en busca de más sensaciones y las encontramos como oleadas en el mercado municipal, que vende, obviamente, la fruta más dulce del mundo, flores exóticas de todos los colores, artesanías en madera, aceites con esencias, vainilla, ropa floreada y las cotizadas perlas negras.

Las mujeres locales se pasean con una cadencia envidiable, presumiendo pendientes de perlas negras y una flor en el cabello. No nos resistimos: desde ese mismo instante, y durante todo el viaje, lucimos una florecita en la oreja y, sí, también regresamos a casa con un par de perlas negras.

TAHA'A: AROMA A VAINILLA

Es la primera vez que vemos, fuera de postales y fotos de revista, los típicos hoteles con bungalows que parecen flotar en el agua. Le Taha'a Island Resort, construido en un islote o "motu", es un destino en sí mismo.

Bajamos las escaleritas de nuestra habitación para ir directo a la laguna. Esnorquelemos por un jardín de corales, entre las mismas mantarrayas y peces multicolores que podemos ver a través del piso de cristal del bungalow.

Más allá del exclusivo resort, la verdadera esencia de Taha'a es su cultivo de vainilla.

El cultivo de esta orquídea parece más una historia de amor que un trabajo de jardinería: se polinizan manualmente mediante una sutil varita que supe el trabajo de las abejas de vainilla, que nunca quisieron vivir en la Polinesia. Después de nueve meses, las vainas están listas pero necesitan tres meses de desecación al sol y seis semanas de masajitos para quitarles la humedad.

BORA BORA: EL EDÉN

Volamos con Air Tahití en un avión de hélices rumbo a la llamada Perla del Pacífico. Nos obsesionamos por sentarnos del lado de la ventana, ya estábamos avisados: Bora Bora desde el aire es el paraíso en la Tierra.



► Hay que dejarse llevar por el singular ritmo de vida de los isleños, siempre hedonistas y muy aventureros.

Tenían razón. Los 30 centímetros de las ventanas se llenaron de todos los matices de azul y verde conocidos, danzando en armonía perfecta.

Esta última isla nos reserva un desafío. Marona Atiu, nuestro guía, nos lleva directo a la aventura de nuestras vidas: nadamos, en mar abierto, con rayas grises y tiburones de casi dos metros.

El secreto para disfrutar de la odisea submarina es alimentar bien a los animales; una vez satisfechos, lo único que hacen es nadar a nuestro alrededor, posando para nuestra memoria.

Así descubrimos que en esta isla el paraíso está dentro y fuera del agua. No por nada, en tahitiano Bora Bora significa aplausos: se los lleva todos.

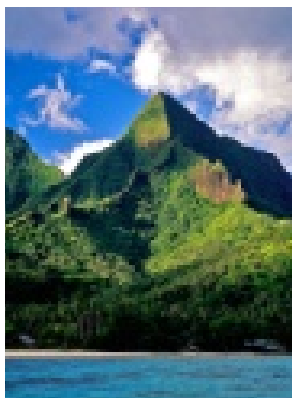
MOOREA: VERDES INTENSOS

Esa isla envuelta en neblina que logramos ver desde Papeete nos tiene hipnotizados. Decidimos tomar un ferry en el puerto, y en menos de 40 minutos estamos disfrutando de las vistas que regala: montañas frondosas rodeadas por aguas de azul intenso.

Todo en Moorea cautiva: varios picos, como el Tohicia, de mil 200 metros; árboles frutales en cada rincón y hasta gallos silvestres paseando a su aire.

Un solo camino rodea toda la isla. Nos lleva, desde la playa de Cook, un encantador rincón donde nos toma desprevenida una lluvia típica del bosque tropical, hasta Belvédère, una elevación privilegiada que hace las veces de mirador, ideal para llevarse esa naturaleza imponente en un sinfín de fotos.

Además de los árboles que parecen elevarse hasta el cielo, los helechos que rebasan los dos metros y todos los regalos que ofrece la naturaleza en Moorea, la oferta hotelera también sorprende, como The Legend, el nuevo hotel de la isla.



Rituales de amor eterno

► El sueño dorado de muchas parejas: las bodas polinesias ahora son legalmente válidas

Cecilia Núñez
ENVIADA

PAPEETE, Polinesia Francesa.- Hasta hace un par de meses, unirse en matrimonio teniendo como escenario las paradisíacas islas de la Polinesia Francesa era una ceremonia únicamente simbólica.

Ahora es posible jurarse amor eterno con todas las de la ley en el sitio que, muchos afirman, es el paraíso en la Tierra.

Las bodas al estilo polinesio se celebran siguiendo paso a paso las costumbres de los nativos, que tienen que ver con naturaleza, flores, colores y música.

Vivir un enlace auténtico es sencillo: además de los hoteles, las autoridades del pueblo Tiki, localizado en la isla de Moorea, ofrecen todo lo necesario para hacer realidad su sueño.

Lo primero que hay que hacer es olvidarse del vestido formal y el esmoquin, y decir: "sí, acepto" descalzos en una playa, envueltos en flores y rodeados del fuego de las antorchas.

Todo comienza unas horas antes de la boda. Los novios son recibidos con música y bailes tradicionales; después los separan para que cada uno se someta a un ritual de purificación.

Las mujeres de la aldea conducen a la novia, o "vahine", a un "tarumi", el sitio privado donde le darán baños de flores y masajes con el aceite aromático local, llamado Tahitian Monoi, que mantiene la piel tersa y joven. Luego, la visten con pareos blancos y coronas de flores.

Mientras tanto, el novio, o "punto", se traslada a la playa más cercana a bordo de una canoa, donde será tatuado y ataviado como un jefe tribal.

El momento en el que se celebra la unión es al atardecer y tiene que ser en la playa.

La novia llega primero al lugar de la ceremonia, acompañada por un grupo de bailarinas y músicos que tocan percusiones y ukuleles, instrumentos parecidos a guitarras.

Todos esperan la llegada del novio, quien arriba desde mar adentro, en su canoa.

La pareja es conducida hasta el "marae" o lugar de rezo, donde les da la bienvenida el "Tahua", sacerdote. El ritual se rea-



► La celebración tiene que ocurrir al atardecer y en la playa.



► Descalzos y rodeados de flores los novios dicen "sí, acepto".

Uniones completas

Las ceremonias también pueden estar acompañadas por un acto oficial. Estos son algunos de los requisitos:

- Elegir la comuna (ayuntamiento) donde se desee que la unión sea celebrada, con un mes de anticipación.
- Elegir la fecha. No puede ser en domingo ni día festivo en la Polinesia Francesa.
- Los novios deben ser mayores de edad, solteros, de diferente sexo y no tener parentesco en línea directa.
- No pueden tener nacionalidad ni residencia francesa.
- Cada esposo debe tener al menos a un testigo mayor de 18 años.
- Deben contratar un traductor intérprete juramentado.
- Deben presentar actas de nacimiento, comprobantes de domicilio y el formulario "Matrimonio de los extranjeros en la Polinesia".

liza en idioma polinesio, con un traductor que habla la lengua de los novios.

El "Tahua" ofrece a cada uno de los novios un ramo de tiaré, la flor blanca tradicional de las islas. La pareja debe intercambiar los ramos como símbolo de fidelidad y lealtad.

El sacerdote sella su unión asignándoles un nombre polinesio a cada uno. Los envuelve con una hoja de "auti" y brindan con un brebaje preparado a base de agua de coco. La ceremonia es animada por cantos y danzas en un ambiente lleno de colores con frutas frescas y flores.

